

La novela proletaria



**25
CTS**

**ANTONIO
JIMENEZ**



Un Samias

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: AUGUSTO VIVERO

Año I



Núm. 13

INFAMIAS

por

ANTONIO JIMÉNEZ

Portada de GUY



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

80.000 ejemplares

se han puesto a la venta del sensacional y emocionante folleto del brioso confinado, el ejemplar sindicalista Tomás Cano, titulado

Nuestra odisea en Villa Cisneros

con un interesantísimo y ameno prólogo de

RAMON FRANCO

Ejemplar, **50** céntimos.

El próximo número de

La Novela Proletaria

se titulará

La ley de fugas

por **EMILIO MISTRAL**.

Imp. Campos (hijos), Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid



INFAMIAS

I

Caminaba sin rumbo, una de esas noches frías del mes de diciembre, con el espíritu inquieto, deseando reposo y soledad, para dar rienda suelta al pensamiento, sin ser molestado por nadie que interrumpiera el curso de mis meditaciones; cuando al doblar la esquina de una calle encontré tendido en la acera un hombre.

Me acerqué a él, inmediatamente; le llamé y no me contestó; le cogí de la mano, le moví un brazo y siguió sin contestarme. Sólo abría sus ojos, me miraba; pero no respondía a mis preguntas.

Haciendo un esfuerzo intenté levantarlo del suelo, lo que pude conseguir tras largos esfuerzos, pero no podía sostenerse en pie. Al fin, echándole su brazo por encima de mis hombros y agarrándole por la cintura, pude sostenerle derecho.

Mi situación era difícil. ¿Dónde le llevaría.

La Casa de Socorro estaba lejos. Aquel hombre, si me veía, no me contestaba. ¿Qué hacer con él?

Comencé a caminar lentamente con mi carga, que afortunadamente se dejaba conducir; con la esperanza de que a mi paso podría encontrar, o bien una farmacia, o un bar, o cualquier café abierto, donde entrar y allá resolver lo que fuese más conveniente.

Cuando llevábamos andados un centenar de pasos, sin que todavía pueda saber cómo, aquel hombre, en un arranque, rápido como una ardilla, se deshizo de mí, y emprendiendo veloz carrera, desapareció por una calle, travesía con dirección a la izquierda, que estaba próxima y hacia donde yo con él a cuestas caminaba.

Quedé unos momentos perplejo, desorientado. Cuando me rehice, avanzando, llegué a la calle; aquel hombre había desaparecido.

Anduve dando vueltas por aquellos alrededores y nada... No me fué posible encontrarle.

Mi pensamiento se perdía ante un hecho lleno de misterio. Hecho inexplicable.

No pude dormir aquella noche. Mi cerebro era una máquina que no podía dominar; fué la impresión que me causó tan fuerte, que aún durante algunos días absorbía gran parte de mis pensamientos.

II

Al fin pasó y ya no volví a acordarme más de ello.

Pero un día, encontrándome en mi despacho a la hora de la consulta, cuando ya no quedaba ninguno

en la sala de espera y ya iba a dar por terminada mi labor, llamaron a la puerta.

Era un muchacho joven; tendría unos quince años; vestía el traje azul de mecánico; su complexión demostraba era un chico fuerte; su mirada denotaba franqueza y limpieza de conciencia; pero también se leía en sus ojos honda preocupación, que daba a su fisonomía cierta expresión de tristeza reveladora de su estado de ánimo.

—Cuénteme, ¿qué le ocurre?

—Pues verá. Han detenido a mi padre. Anoche, serían las dos de la madrugada, cuando más profundo era nuestro sueño, llamaron fuertemente a la puerta de nuestra casa.

Vivimos en una barraca en las afueras mi padre y yo. Despertamos sobresaltados por el modo de llamar, y como tardáramos unos minutos, que empleaba mi padre en vestirse, de un fuerte empujón derribaron la puerta, y cuatro policías, pistola en mano, entraron dentro.

—«Manos arriba»—dijo uno, apuntando su pistola.

—«Si os movéis dispararemos»—dijeron otros dos.

—¿Quién de vosotros es Manuel Pintado?

—Yo—contestó mi padre.

—Fues no te muevas. Quedas detenido. Ahora vendrás con nosotros, que tenemos que ajustar cuentas.

—¿Pero de qué se me acusa?... ¿Quién me acusa a mí? Yo no tengo cuentas pendientes con nadie—contestó mi padre enérgicamente.

Y un «cállate y obedece» fué la única explicación, la única respuesta.

Mientras uno quedó frente a nosotros apuntándonos con la pistola, los otros tres comenzaron un registro.

Pues bien; tiraron la mesa, registraron los bolsillos de nuestras americanas, colgadas; arrancaron la percha, que también dejaron por el suelo; abrieron el baúl y fueron tirando la ropa y algunas frutas que mi padre había traído por la tarde para que almorzáramos al levantarnos antes de ir al trabajo.

Por fin, y cuando se convencieron de que nada teníamos, invitaron a mi padre a seguirles, después de haberle puesto en sus muñecas unas esposas como si fuese un terrible criminal.

Conforme aquel muchacho hablaba, relatando estos hechos, yo recordaba otros iguales y mis nervios iban poniéndose en tensión. Mi pensamiento corría a la par de su relato y mentalmente, veía yo en toda su magnitud el sentimiento de rebeldía que en el pueblo han de sentir los hombres ante las injusticias que representa el que aquellos agentes que, siendo encargados de velar por que nadie pueda atentar contra los derechos de nadie, que deberían ser los más firmes puntales en la defensa de quien más necesidad de ella tiene, sean precisamente los primeros que los violenten y atropellen, asaltando sus moradas por el sólo motivo de ser pobres, sin pensar en que si ellos les amparen en cumplimiento de su deber, tendrían la misma fuerza que aquellos protegidos de la fortuna a quienes en cam-

bio ellos ayudan sin otra razón que la de su riqueza, produciendo el injusto desnivel que ellos acentúan con su conducta.

El muchacho continuaba su relato; había querido seguir a su padre y no se lo consintieron; había esperado una hora a que marcharan, y no pudiendo contener su impaciencia, había ido a casa de un amigo de su padre, y juntos habían ido a la Jefatura Superior de Policía.

Nadie le atendía. Nadie le daba razón, ni nadie quería decirle ni siquiera si su padre estaba allí, ni dónde podía estar.

—¿Y usted no sospecha por qué han podido detenerle?—le pregunté.

—Mi padre—me contestó—, desde que quedó viudo, sólo se ha ocupado de mí. Cuando murió mi madre tenía yo nueve años.

—¿Pero usted no tiene ni siquiera sospecha del porqué ha podido ser detenido su padre? ¿Pertenece a algún Sindicato?

—Antes de morir mi madre creo que perteneció a la Junta del Sindicato de transportes.

—¿Lo habían detenido alguna vez?

—Creo que en una huelga, hace muchos años, según le había oído referir. Cuando aún era soltero, estuvo en la cárcel ocho días, y después le pusieron en libertad.

—¿Tu padre tiene algún enemigo? ¿Alguien al menos que pueda quererle mal?

—Que yo sepa, no.

—Difícil asunto es éste. Este caso inexplicable se repite cada día, muchacho—hube de decirle.

Cuando un hombre que delinque es perseguido, acude al abogado para que le defienda y siempre hay un medio de defensa; cuando un hombre inocente, cuando un hombre pobre y honrado, cuando un obrero es detenido, sin que él mismo sepa porqué se le detiene, es porque alguien que se ampara en el anónimo ha sugerido contra él una sospecha o ha lanzado una acusación falsa.

—Tranquilícese usted. Vamos a saber dónde está su padre detenido y el motivo de su detención; luego trazaremos nuestro plan de conducta.

—¿Se puede?

—Adelante.

En una mesa hay sentado un funcionario que lee un periódico.

La mesa está llena de legajos y papeles.

En una silla, a su derecha, gran número de periódicos diarios de la localidad.

«Buenas noches»—digo, entrando, en señal de saludo, siguiendo la práctica de costumbre que la urbanidad tiene establecida, y a la que aquel hombre parece que no hace mucho caso. Levanta su vista del diario e inquiera:

—¿Qué desea usted?

—Ver al jefe.

—Siéntese y espere.

Así lo hago; paciente, me dispongo a esperar, y curioso examino la habitación.

¡Lujosos y costosos los muebles! ¡Lujosa la estancia!...

Todo este dinero que se emplea aquí sale del bolsillo de los ciudadanos que lo ganan con su trabajo. El Estado lo exige para que contribuyan al sos-

Vino a mi mente un párrafo de una obra de Dejacque, que aprendí de memoria siendo muchacho y que he repetido muchas veces en mi vida.

«... Pasad, autoridades provisionarias; república blanca, como la llamé antaño en sus confesiones un ilustre poeta que temía entonces que fundieran la columna de Vendome para hacer de ella monedas de diez céntimos. Pasad, república azul, y república rosa, república llamada honesta y moderada, como hay hombres llamados de abnegación, sin duda porque esos hombres y esta república no son ni lo uno ni lo otro. Pasad, también pachafismo de Cavaignac, el africano, odioso Otelo, celoso de la forma y que apuñaló a la República en el corazón porque ésta tenía veleidades sociales. Pasad, presidencia napoleónica, emperador e imperio, pontificado del robo y del asesinato, catolicismo de los intereses mercantiles, jesuíticos y soldadescos. Pasad, pasad, postreros resplandores de la lámpara de la civilización, y antes de extinguiros haced mover sobre los vidrios del Templo de Plutón las sombras burguesas de este serafín. Pasad, pasad, claridades mortecinas, e iluminad al huir la moda nocturna de los cortesanos del régimen actual, fantasmas agrupados en torno del espectro de Santa Elena, toda esa fantasmagoría de espectros con títulos, mitra-

dos, galoneados, argenteados revestidos de cobre, verdigrises, esa bohemia de corte, de sacristía, de tienda y de trastienda, sofística brujería del Sábado imperial.

¡Pasad! ¡Pasad! ¡Los muertos van ligeros...!»

—Entre usted—oí decir al funcionario que había ido al despacho contiguo a anunciarme.

Me levanté y entré en el despacho del jefe.

Estaba de pie tras de su mesa. Hablaba con otro funcionario y hube de esperar también de pie en el centro del despacho.

Cuando le pareció vino hacia mí, y con aire provocador me dijo:

—¿Qué desea usted?

—Deseo simplemente—contesté—saber dónde se encuentra detenido un ciudadano que anoche sacó la policía de su domicilio.

—¿Cómo se llama?

—Manuel Pintado.

—Ese «tipo» está detenido en los calabozos de aquí de la Jefatura.

El calificativo que una autoridad daba a un ciudadano detenido volvía a herir mis humanitarios sentimientos, pero preferí callar por no agravar su situación. Intenté dibujar en mi rostro una sonrisa, que debió convertirse en mueca, y añadí:

—¿Podría saber el motivo por el cuál se le ha detenido?

Y como si esta sencilla pregunta fuera una ofensa, aquel representante de la autoridad, montando en cólera, respondió:

—Si señor, se puede saber. Está detenido porque se le acusa de que hace seis meses intervino en el asesinato de un patrono que fué encontrado muerto en la calle de Tapinería.

—¿Quién le acusa?

—Eso se lo dirá el juez; yo sólo debo decirle, que aquí se ha recibido tal denuncia, y que yo ordené su detención. ¿Creen esos hijos de... que aquí somos idiotas?

Aquel hombre me hería de nuevo con sus palabras ofensivas, y la forma e intención con que las pronunciaba; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano logré articular otra pregunta.

—¿Podría verlo?

—No, señor. Lo tenemos incomunicado y a disposición del Juzgado.

—Y si tienen ustedes la seguridad de tal denuncia, ¿por qué no le conducen ya ante el Juzgado para declarar y se aclare si es o no culpable? Yo tengo de él las mejores referencias. A mí me consta que es un obrero honradísimo...

—Bien, bien, repuso atajándome. ¿Usted qué va a decirme? Cuando me parezca lo enviaré al juez. Buenas noches.

Y volviéndome la espalda volvió a su puesto tras de la mesa.

—Buenas noches.

Salí de aquel despacho. La cabeza me daba vueltas, me repiqueteaban las sienes. Hubo un momento en que creía iba a caer de bruces. Hice otro esfuerzo y me rehice. Salí de aquella casa.

En la puerta, en la acera de enfrente, encontré al hijo, que con el ansia de saber noticias retratada en su cara, se adelantaba hacia mí.

No le dejé hablar.

—Sí, aquí lo tienen. Está incomunicado y no dejan que nadie le hable ni que nadie le vea.

—¿Por qué le han detenido?

—Quieren hacerle pasar por el autor de la muerte de un hombre.

—Eso es una infamia. Eso es una calumnia. Eso sí que es un crimen.

—Tranquilízate. Envíale comida y ven luego a mi casa. Ahora déjame ir sólo.

III

No quería más que quedarme a solas con mis pensamientos, quería serenar mi ánimo. ¡¡ Pensar !!

Subí la calle. ¡ Derroche de luz y lujo, en la calle, en las tiendas. Costosos automóviles, ruido de claxons, gran gentío que pululaba a aquellas horas. Todo hacía volver a mis recuerdos el canto de Dejacque al mundo futuro, que interrumpió el funcionario secretario de aquel jefe.

«... Jueces, espías, legisladores y verdugos, espíad, deportad, guillotínad, infligid las penas del Código a los buenos y a los malos, a esa población de descontentos que al encontraros, roedores y devoradores de presupuestos, no piensa más que todo

está bien y en el mejor de los mundos posibles. Manipuladores de la balanza de la justicia, pesad al peso de oro la culpabilidad de las reivindicaciones sociales. Banqueros, tenderos, industriales, sanguijuelas de la producción, para quienes el productor es una presa dulce. Alargad vuestras trompas, tomad al proletariado por la garganta y extraerle todo el oro de sus venas, activad el agio, comerciad, explotad; haced agujeros en la bolsa del obrero y haced agujeros en la luna. Ricos, engordad vuestra panza y enflaqueced la carne del pobre.

«En fin, todos vosotros, los que sois opulentos en oprobio, malhechores a quienes la fortuna sonríe, como sonríen las prostitutas en el umbral de las casas miserables; libertinos de la decadencia cristiana, corruptores y corrompidos, pisotead, pisotead a la «vil multitud», ensuciadla con vuestro lodo, martirizadla con vuestros talones, atentad a su pudor, a su inteligencia, a su vida; haced y haced, aún...».

¡Qué razón tenía ese hombre! ¡Qué bien conocía a la sociedad!... Sentí seca mi garganta. Entré en un bar, y en el mostrador bebí un refresco.

Continué mi camino en dirección a mi domicilio.

Había decidido mi plan.

Al día siguiente iría a la cárcel. Allí seguramente podría yo averiguar lo que me fuese necesario para coger el hilo que me llevara a sacar el ovillo para poder obtener la prueba de la inocencia de aquel padre que sacrificó toda su juventud por un hijo que quedó sin madre y que en premio a su bon-

dad y desvelo se veía perseguido como un vulgar asesino.

IV

Grandioso edificio. Más millones de pesetas arrancados también del bolsillo de los hombres del pueblo, para encerrar a sus hermanos. Muchos de ellos también dieron su dinero para que la sociedad erigiera estas casas donde se cobran en sufrimientos los propios sufrimientos.

Aquello parecía un campamento.

En la puerta un soldado paseaba ante ella, fusil al hombro, con la bayoneta en su punta.

Dentro, en un gran patio, y formando corrillo, más soldados, guardias civiles, guardias de asalto.

En todas partes se encuentra lo mismo: humo, fuego, plomo.

¡Los hombres dispuestos siempre a la matanza, al fratricidio! ¡Siempre dispuestos a dividirse en vencedores y vencidos; en opresores y oprimidos...!

Después de una serie de trámites, soy conducido a un lugar que llaman «locutorio de jueces». Es un corredor con puertas a uno y otro lado.

Me introducen por una de ellas. Es una celda pequeña con una gran ventana con fuertes barrotes de hierro al frente, y un pequeño pupitre bajo ella. Una silla y una lámpara son los únicos muebles de aquella estancia.

Al otro lado de la ventana hay un pequeño es-

pacio, con sólo una puerta al frente. Por ella, a la media hora de espera, aparece un hombre. Vestía traje sencillo, pobre, pero limpio; llevaba su camisa sin abrochar en el cuello.

Era otro obrero, también detenido hacía seis meses, y que estaba encerrado allí, porque un día, en un café, le vieron hablar con unos amigos suyos a quienes luego detuvieron porque quisieron evitar que otro obrero, durante la huelga, entrase a trabajar en una fábrica.

—¿Cómo sigues?—le pregunté al verle.

—Lo mismo. Ya he perdido la esperanza de salir de aquí. El juez se obstina en exigirme cinco mil pesetas de fianza por mi libertad provisional.

—Pero ¿es posible?

—Ya lo ve usted. Hace seis meses que en mi casa no entra un céntimo. Mi compañera lo ha empeñado todo; hasta el colchón hubo de ser vendido. Debemos cinco meses de alquiler y ya el procurador de la finca dice que la semana que viene la echarán a la calle. Ayer me decía que comió después de cuarenta y ocho horas de ayuno forzoso. ¿No es esto una burla?

—¿No has dicho al juez vuestra situación?

—El juez no se molesta en venir aquí. Los jueces vienen los primeros días a dictarle al escribano lo que tiene que poner en el sumario después de preguntarnos y oírnos y ya no vuelve nunca más, ni se preocupa de nosotros, y menos de los nuestros. Nos envía a un aprendiz del Juzgado a comunicarnos sus resoluciones.

—Tienes razón; el que harto está, no se acuerda nunca del que no come. ¿Y qué tal os tratan ahora?

—Mal. Como siempre. El que entra en esta casa deja de ser hombre para convertirse en cosa. Aquí cada cual es un número. Los que dirigen la casa y sus ayudantes, creen que aquí no entran más que bestias; y así es el trato. Cada día peor. Se prodiga cuanto puede martirizar y molestar material y espiritualmente al preso. Se escatima cuanto pueda dar un consuelo o contribuye a la paz interior. En la enfermería no hay medicinas. El preso enfermo no es un enfermo; en las enfermerías de las cárceles no hay otra cura que la naturaleza del propio enfermo. Si ésta resiste la enfermedad, se salva; si no, se muere y nadie se entera más que los familiares, a quienes nunca escucha nadie si se quejan. Aquí dentro, por un guardián bueno, hay noventa tiranos que no comprenden, que ante la injusticia

Una generación que se llamó liberal desterró de las cárceles los cabos de vara. Esta generación, que hace un año instauró un régimen de democracia, ha introducido otra vez aquí dentro, de nuevo, esa «gallarciana» guardia de asalto, mil veces peor que aquellos.

—Escúchame bien—dije a aquel hombre queriendo cambiar de conversación para distraerle de su indignación, y al mismo tiempo para entrar de lleno en el objeto de mi visita.

—Anteanoche han detenido a un pobre hombre, a quien acusan de la muerte del patrono que hace seis meses murió en la calle de la Tapinaría.

Yo estoy convencido de que ese hombre es inocente, y, sin embargo, no habiendo detenido la policía a nadie más que a él, que no intervino en ello, preveo para él un final trágico. He pensado, para ponerme sobre alguna pista, venir aquí, donde, como sabes, siempre se comentan cuantos hechos ocurren en el exterior, para ver si alguno de esos comentarios pudiera servirme de luz en las tinieblas, que me guiara al camino por donde llegar a salvar a ese pobre hombre.

—Precisamente ayer, en el patio, al leer en el periódico su detención, oí hablar a uno que comentaba en un corro y decía que la muerte de aquel hombre no fué producida por cuestión social, que cuando aquel hecho ocurrió había oído relatar que en la muerte aquella había habido una cosa extraña. Alguien le preguntó sobre ello y no supo explicarse. Contestó que eso lo oyó decir en un café que llaman «Casa del Alcalde», en Santa Madrona, a un individuo apodado «El Espadón».

Estuve un rato más con él dándole el humanitario consuelo que tan necesario es a estos hombres, perseguidos por el único delito de ansiar una sociedad mejor y más justa que la actual; y me despedí de él.

Al llegar a mi despacho había enviado recado a Pintado de que me esperara en él hasta que yo llegara.

Era tarde, y cuando entré, estaba sentado esperándome.

Despaché, lo más rápidamente posible, dos visi-

tas que no podía eludir, y seguidamente hice pasar a Pintado. Mentalmente había hecho mi plan, y era necesario ponerlo en práctica aquella misma noche, ya que dependía de salir bien la inmediata libertad de un obrero inocente. La experiencia en análogos casos me aconsejaba obrar así. Había de evitar que entre policía y juez, no hallando suficientes pruebas, iniciaran un sumario de los que tanto se ha abusado.

—¿Has visto a tu padre?—pregunté a Pintado.

—Aún, no, aún sigue incomunicado. El sargento que hay allí en la puerta es un poco déspota. Parece que esta gente sean hombres diferentes de nosotros.

—Esos hombres, amigo Pintado, no saben más que servir a sus amos. Lo que ellos mandan es lo que hacen, y se identifican de tal modo con ellos, que olvidan que por la propia humildad de su origen debían amparar y ayudar a los humildes.

No quise darle cuenta detallada de mi visita a la cárcel por no aumentar su indignación, y después de darle las señas de «Casa del Alcalde» para que acudiera allí por la noche, se marchó algo más consolado.

Seguramente conoces, lector amigo, este café, el más típico de Barcelona, donde acuden centenares de personas durante la noche.

Hombres y mujeres de todos los pueblos ibéricos; de todas las naciones del mundo.

Hombres y mujeres que vegetan. Criaturas desgraciadas que se hartan de vegetales acuosos y de pan negro, y se hacen la ilusión de que comen y se alimentan. Naturalezas sin ideales, sin fuerzas, sin

más porvenir que la cárcel o el hospital. Infortunados, que no reconocen a sus semejantes, que permanecen insensibles al mundo exterior. Productos de una sociedad injusta y egoísta que los arroja de su seno porque no quieren preocuparse de ellos.

Cuando esta sociedad habla de la pobreza fisiológica de las madres, dice que va a preocuparse de ello.

Si la enseñáis que de ello surgen criminales, tuberculosos y haraganes, os dice que no lo olvida, y si insistís en enseñarle que ese puñado de dolor se convierte en inmenso ejército de desheredados, insiste ella en contestar siempre que es asunto grave, que le preocupa, y cuando de solucionarle prácticamente se trata, abre las puertas de manicomios, hospitales y cárceles, y dice:

«Ya veis, me costáis millones y millones de pesetas, pero no me importa; entrad y acabad de morir, yo me encargo también del entierro.»

Allí teníamos que encontrar a «El Espadón».

Allí estaba ya Pintado, sentado en una mesa, y hacia allá me dirigí.

—Ya te habrás dado cuenta de que aquí vienen algunos obreros; pero éstos de la noche, que aquí ves, no es gente muy sana; a estas horas el obrero descansa de su trabajo en su casa, y aquí suelen venir ahora los que de la noche hacen día, y no para el trabajo.

—Ya lo ves tú mismo. Calla un momento y escuchemos lo que discuten éstos de al lado, que es interesante.

Efectivamente, eran dos hombres y una mujer, que en la mesa de al lado discutían. La mujer les decía que ella con cuarenta duros no tenía bastante; uno de ellos sostenía que por menos de setenta duros no debía aceptar, el otro se obstinaba en que más de cuarenta duros no podía darles, y la mujer, dirigiéndose al último, insistía en que si no le daban más de cuarenta duros que no contaran con ella.

—Pero no seas terca, «Chavala»—le decía el que ofrecía los cuarenta duros—, ya te dijo ayer D. Luis que si salía bien, te daría luego otros cuarenta.

—Mira, ese don Luis es un vivo—decía ella; yo, lo tengo ya «caláo». Ese cobra buen dinero a nuestra costa y luego nos quiere explotar con miserias, y parece mentira que tú le defiendas.

Así estuvieron largo rato discutiendo, sin que llegaran a un acuerdo; mas aquella mujer, en uno de los momentos de excitación, había lanzado la amenaza de no trabajar nunca más con aquel don Luis, a quien nombraban y el hombre que no podía darle más que los cuarenta duros, le había contestado que si tal hacía ese don Luis, o la haría encerrar o la haría matar.

Dejó aquello pensativa a la mujer unos momentos; y luego inició con ellos otra vez la conversación, pero hablando en tono de voz tan bajo que no pudimos oírles. Al fin comprendimos que habían llegado a algún acuerdo, porque se iniciaba la despedida.

Pintado me miraba, y yo le indicaba que disimu-

lara, para que no se percataran de que escuchábamos con atención.

—Cuando se marche ella, síguela, pero sería conveniente que salieras tú antes. Yo me quedaré aquí para indagar dónde podría conocer a «El Espadón», y aquí te espero.

Marchó Pintado y quedé sólo en mi mesa.

El ambiente era asfixiante, el ruido de las conversaciones ensordecedor; en todas las mesas discutían a voces, hablaban a gritos. El humo del tabaco había formado tal densidad en el aire que lo hacía irrespirable; sentía irritación en mis ojos.

Una mujer que acababa de entrar, vino a sentarse en mi mesa.

Se acercó el camarero y pidió un doble de anís.

Era alta, gruesa. Tenía una cuarentena de años. Su cara era un muestrario de pintura barata.

Vino el camarero y le sirvió su copa.

Como si nos conociéramos de toda la vida, me ofreció la venta de unos cuantos objetos, encendedores, sortijas. Aquello era un almacén ambulante. Aquel monedero no tenía fondo.

Cuando al fin me decidí a comprarle alguna cosa, pasó ante nuestra mesa la mujer que al lado discutía con aquellos hombres; mi compañera de mesa le dijo: «Adiós».

—Adiós—contestó la aludida.

—¿La conoces?—pregunté.

Efectivamente, la conocía. Había que tener mucho cuidado con ella; era una «mala pájara»; pare-

cía confidente de la policía; todo el mundo la odiaba en el café, y sin embargo, todos allí la temían.

La franqueza con que se expresaba esta mujer me dió alientos para entrar a fondo en el amargo tema que al café me había conducido, y resueltamente le pregunté si conocía al «Espadón».

Sí, todo el mundo lo conocía. Era bueno, quizá un poco alocado; pero con un corazón de oro.

Quedamos de acuerdo. Ella le entregaría mi tarjeta, que yo le dí.

Pagué mi consumición y la suya y un encendedor de los que me había enseñado, y salí.

V

No había tenido tiempo de aspirar el aire fresco de la calle, cuando ví llegar a Pintado.

Su breve relato confirmó las palabras que acerca de aquella mujer había dicho mi compañera de mesa.

Pintado dijo cuanto había visto. Cuando aquella mujer salió, al llegar a la Rambla, había montado en un tranvía y se había apeado ante el edificio de la Jefatura de Policía.

Al poco rato de esperarla la vió salir de nuevo, acompañada entonces de un hombre; llamaron un taxi y pudo oír la dirección que él dió al chófer.

Era la de un restaurant céntrico con reservados.

No nos interesaba lo que allí pudiera hacer aque-

lla pareja. Sabíamos lo bastante, pues, efectivamente, era una confidente que habíamos de necesitar.

Confiaba yo en que dentro de dos o tres días a lo más recibiría en mi despacho la visita de «El Espadón», y así se lo comuniqué a Pintado.

—Pero ¿qué va usted a hacer?

—No me pregunte más. Ya está pensado mi plan, y hay que ver la manera de desarrollarlo.

¡Ah!, amigo Pintado; si el proletariado del mundo se diera cuenta que a todos unidos no hay fuerza humana capaz de vencerles, acabarían con tanta infamia e injusticia. Pero no quieren comprenderlo.

En cuanto comienzan a tener una pequeña organización, antes de completarla, antes de que esté totalmente terminada, unos pocos creen que ya tienen suficiente y comienzan a actuar sin plan ni concierto y el éxito se malogra.

La organización obrera está llamada a hacer la revolución, la única revolución que obtendrá resultado efectivo y práctico; la única que podrá hacer una nueva civilización en un porvenir no remoto; pero para ello se precisan elementos, y el más esencial es la organización y un plan de los hombres que han de hacerla: sin ello sólo se hará la revuelta callejera, que el enemigo, en este caso el capitalismo, irá venciendo parcialmente.

No. Eso es un suicidio lento. Esa es la muerte de toda organización revolucionaria.

Hay que organizar bien. Los cuadros que ya es-

tán contruídos hay que completarlos en secreto. Que en ningún pueblo español falte el Comité local; ni en las comarcas, el comarcal; ni en ninguna región, el regional.

Tener el nacional de relaciones y el de empresas, con un plan desarrollado ya, teóricamente, de la producción y de la distribución. Que cada militante sepa el papel que le toca en la revolución y en la post-revolución; de manera que el mismo día que estalle, cada cual ocupe su puesto y no quede ni veinticuatro horas un solo hombre sin comer y sin trabajo.

Es preciso que además se haga un concierto internacional. Una sola nación no puede hacer con éxito una revolución social; las demás naciones de régimen capitalista la ahogarían, o se concertarían para bloquearla, o para destruirla por la fuerza brutal, si pudiera sostenerse por sí sola. Y para llegar a esa organización y a ese concierto, no tardarían muchos años; con buen deseo, una organización de tal naturaleza, sólo tardaría cinco años a lo sumo.

La española quizá sólo uno; pero en Francia se tardaría más. Italia quedaría ahogada con que Alemania, Austria, Bélgica y Holanda se sumaran. Las demás seguirían fácilmente, y pronto seguirían también las Américas del Centro y Sur, y entonces ya el triunfo es seguro en el mundo entero, y... ¿qué son cinco años?

Lo demás es locura; sería la revolución y la re-

acción, sucesivamente; en la que siempre llevaríamos las de perder.

La revolución social ha de ser única y definitiva, sin posibilidades de que sea vencida.

El que no lo vea así, no sabe lo que es una revolución, según mi modo de pensar.

El que otra cosa cree, piensa que la revolución es sólo matar por matar, gritar, quemar, destruir, y luego a casa y que el que caiga, o bien lo maten o bien lo encierren.

No, eso no; eso es hacer abortar una revolución.

Pero en fin, pensemos ahora en salvar a tu padre.

Cuando yo hable con ese «Espadón», te explicaré el plan.

Ahora vámonos a nuestras casas a descansar.

VI

Habían pasado dos días sin haber aparecido por casa el tan deseado desconocido, cuando al tercero compareció en mi despacho. Al verle entrar y decir quién era, quedé sorprendido, pues aquella cara me era conocida.

—Yo te conozco a tí y no puedo recordar de qué —le dije.

—¿Ya no se acuerda usted de aquella noche que me recogió usted en la calle y que yo me escapé?

Figúrate, lector, mi sorpresa y el sobresalto que ello me produjo.

—¿Qué te pasó? Te encontré al parecer medio muerto. No podías moverte. Me hiciste sudar para levantarte y sostenerte; no podías caminar, y de pronto, cuando menos lo esperaba, echas a correr como un gamo y no dejas ni rastro de tu persona.

Me miraba fijo mientras yo hablaba y reía al escucharme.

—Pues mire, es bien sencillo—me dice, poniéndose serio—. Había reñido con uno; nos habíamos «atizado» de firme, debió darme en la refriega un golpe que me hizo perder el conocimiento, porque cuando volví en mí fué precisamente cuando usted me movía el brazo.

Como el tipo con quien yo había reñido es hombre para mí de poca confianza y yo no sabía el tiempo que había estado sin conocimiento, pensé en que podía haberme hecho alguna mala partida y que usted fuese alguno de la «secreta».

—Bueno, mira, «Espadón», y perdóname que te llame así porque no te conozco tu nombre.

—Es lo mismo. Me llamo José Nomo, para servirle.

—Pues mira, José. Días atrás detuvieron a un hombre que es inocente, queriendo achacarle la muerte del patrono que hace unos seis meses apareció muerto en la calle de Tapinería. Estuve hace pocos días en la cárcel y allí me dijeron que alguno, en el patio, dijo a la hora de paseo que tú sabías algo de la muerte de aquel hombre, y yo, que tengo de tí las mejores referencias, espero de tí que me ayudes a salvar de presidio a un inocen-

te. Tú no puedes consentir que se cometa esa infamia; que este hombre vaya a una prisión; si tal hicieras...

—No lo consentiré.

—Pues adelante.

—Miré usted, yo me gano la vida en el puerto con el contrabando; unas veces ayudo a pasar el género, otras veces lo paso yo mismo con mi gente, otras veces...

—Y lo sé. Otras veces cobráis las confidencias y estropeáis el negocio al competidor.

—Un día, mejor dicho, una tarde, a las seis, hacia el veinte de diciembre, estando haciendo mi trabajo, nos llamó la atención una pareja que a aquella hora iba paseando por allí; lugar que por lo apartado y por la hora no acostumbra nadie a frecuentar. Como los que persiguen el contrabando se valen de todas las tretas, por si acaso, el otro y yo nos tumbamos e hicimos como que dormíamos.

La pareja se fué acercando. No nos habían visto. Iban demasiado amartelados. Cuando pasaron cerca de nosotros, decía ella:

—No seas tonto; él se ha dado cuenta, y me ha amenazado dos veces.

—No lo creas: perro que ladra no muerde.

—No; él, no. Es un bestia; yo me casé con él, pensando que era otra cosa, y me he encontrado casada con un animal. Es capaz de todo. Además, cuenta con la protección de los que mandan, y eso le hace ser valiente de ocasión. Me decía ayer, cuan-

do me insultaba, que mataría sin remordimiento, y luego...

No pudimos oír más. Se habían alejado ya demasiado; pero yo había podido verlos. Es curiosidad, que un hombre no puede reprimir, el conocer a una mujer que ella misma va confesando su falta.

Cuando terminamos nuestro trabajo, nos despedimos mi compañero y yo, y al llegar cerca de uno de los almacenes del puerto, dos hombres estaban pegándose. Corrí a separarlos; recibí algunos golpes, pero lo pude lograr. Uno era aquel que iba con aquella mujer. El otro era un pez gordo de por allí, de esos que unas veces nos persiguen y otras nos buscan para sus negocios sucios; uno de aquellos a quienes el Estado entrega el dinero del presupuesto para vigilar que no se entre contrabando en el país, y luego...

Me conoció, claro está, y me dijo:

«Si dices algo de esto a alguien, ya puedes irte de Barcelona»; y dirigiéndose al otro: «Usted y yo nos veremos», y se marchó.

La mujer aquella que yo había visto no estaba allí.

¿Qué había pasado? No lo sé.

¿Los sorprendió juntos y ella huyó?...

La cuestión es que yo, como comprendía que al pegarse algo había ocurrido, y había oído lo que ella dijo al pasar con el otro frente a nosotros, eché a andar, siguiéndolo, sin que se diera cuenta.

Marchó hacia el barrio chino, entró en una casa y al cuarto de hora salía con dos hombres.

Al llegar hacia el centro, él paró un taxi y mar-

chó. Los hombres siguieron calle adelante. Como no pude seguir el taxi, seguí a aquellos hombres.

Debían tener instrucciones bien concretas, porque cuando entraron en la calle de Tapinería ya venía en dirección contraria un hombre al que de momento no pude reconocer y sobre el que rápidamente hicieron fuego. Cayó al suelo y se dieron a la fuga.

Cuando la gente acudió, ya estaba muerto; una bala se le había alojado en el corazón.

Yo había corrido tras aquellos hombres, y lo mismo que yo hice a usted aquella noche hicieron ellos conmigo. Ni rastro.

—¿Quién es aquel hombre?

—Vera usted. Si lo digo me va la vida. El sabe que yo soy el único que puedo sospecharlo. Diferentes veces me ha hecho seguir.

—Dime sólo el nombre de pila.

—Don Luis.

Le conté entonces lo que yo oí en el café del «Alcalde», y ambos convinimos en que bien podría ser que se cotizaba algo contra él.

—Ven a verme mañana otra vez, y concretaremos.

—Adiós.

Todo estaba listo y **preparado**.

Un enorme nerviosismo me dominaba.

¿Saldría bien el plan?

Iba en ello la libertad de un hombre.

El primero en llegar fué Pintado, después «El Espadón», después dos hombres en quienes yo tenía una gran confianza.

—Vámonos.

Cogimos un taxi, nos acomodamos los cinco y fuimos al café de «Casa del Alcalde».

Hicimos parar el taxi y esperamos a ver si salía «La Chavala».

Sabíamos que tenía que ir a buscar a don Luis y que saldría con él.

Si fallaba este paso, adiós nuestro plan.

Diez minutos tardó, que nos parecieron diez siglos, pero al fin salió. Cogió el tranvía. La seguimos.

Cuando descendió de él, quedamos esperando y dijimos a Pintado se colocase en lugar donde pudiera oír lo que decían o dónde iban.

Nueva espera, esta vez más larga; pero al fin salieron.

—Al «Patria».

—Al «Patria»—dijimos al chófer.

Cuando llegamos coloqué a «El Espadón» y a Pintado en una mesa del café.

Los otros dos quedaron dentro del taxi por si fueran necesarios a mi defensa.

Subí a los reservados. Requerí al camarero para que me indicase el que ocupaba la pareja de «tortolitos».

Y dispuesto a jugarme la vida, entré decididamente.

Ella estaba sentada sobre sus rodillas.

El asombro que ví en la cara de ambos no sabría relatarlo mi pluma.

—Buenas noches—dije con firmeza.

—¿Qué desea?—me preguntó él.

—Hablarle y sin testigos. Haga salir a esta mujer y entrar en otro reservado.

Cuando estuvimos solos cerré la puerta del reservado por dentro, y encarándome con él, le dije:

—Usted ha hecho detener a sabiendas a un inocente para evitar que la policía, buscando al autor, pueda dar con él, y como usted le conoce, quiere salvarlo. ¿No es así?

Nada me contestó. Bajó su vista.

Tal asco me dió aquella actitud, que perdí los estribos.

Al fin terminé; quedé bien desahogado, por cierto.

—Si usted mañana, a las doce, no ha puesto en libertad a Pintado, yo diré públicamente y «probaré» quién es el asesino del «patrono» de la calle de la Tapinería.

—¡Calle!—me dijo—. ¡Podrían oírle!

—¿Confiesas, canalla?

—Sí, mañana estará libre. Se lo juro.

—Adiós. Así tendrías que morir tú. ¡Miserable!

Salí del reservado. Recogí a mis compañeros. Nos marchamos del restaurant.

Les conté lo ocurrido.

Al día siguiente, Pintado era puesto en libertad por la mañana.

.....
A la madrugada siguiente fué encontrado muerto en el muelle «El Espadón».

Los periódicos daban así la noticia:

«Nota del Gobierno civil.

«Según comunican de Jefatura, el muerto era un temible pistolero del Sindicato Unico. Había tomado parte en diferentes atracos de los últimamente cometidos en esta ciudad...»

Así, querido lector; como ésta son casi todas las noticias que en los diarios lees.

Juzga ahora. ¿No es ello infamia?

Antonio Jimenez

La

BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS

lleva publicados los siguientes números:

JESUCRISTO, MALA PERSONA.
LAS ALEGRES ABUELAS DE JESUCRISTO (denunciada).
LA ABSURDA VIRGINIDAD DE MARIA (denunciada).
¡ESO DE LAS HOSTIAS! (denunciada).
LA FARSA DE CRISTO REY.
LOS CHIRIMBONOS DEL ALTAR.
LA IGNORANCIA DE JESUCRISTO.
¡VAYA UN CIELO EL DE LA BIBLIA!
JESUS, SANTIFICA EL MATRIMONIO CIVIL.
EL POBRE DIABLO.

En breve:

EL SACRAMENTO VAGINAL.
JESUCRISTO, HOMOSEXUAL.

Pedidos a

EDICIONES LIBERTAD
ROMA, 41. — MADRID

Ayuntamiento de Madrid.
Imp. Campos (hijos), Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid